

Camilo Branchi

En el Eldorado de la fama (*)

I



N verdad, más que dichoso fué para mí aquel día en que recibí una invitación para visitar a Hollywood. Desde hacía mucho tiempo era mi sueño dorado. Así es que, olvidando que me había escrito y dirigido la carta de invitación yo mismo, tomé el primer tren que partía para el nunca bastante alabado Eldorado de la fama.

Cuando llegué a Los Angeles, el sol ya fatigado de su despliegue diurno estaba a punto de hundirse en el Pacífico para apagar sus ardores. Un tranvía, integrado por tres remolques, nos esperaba frente a la estación. Eran unos carros dorados y llenos de adornos donde lucían guirnaldas de laureles; carros que sólo se utilizan para transportar estrellas, productores y otros genios de fama internacional. En el primer carro, una banda de músicos engalonados como almirantes de la armada, estaba lista a tocar la marcha triunfal de los Inmortales. A la cabeza del solemne convoy lucía su esplendoroso uniforme el maestro de ceremonias, Mr. Greatgoldman, el cual con comportamiento de mariscal de Francia, se me acercó preguntándome de pronto:

—¿Es usted un hombre famoso?

(*) De la obra "Aventuras en América".

—Por supuesto que lo soy —le contesté—. No tiene más que mirar mi perfil. ¿Podría un plebeyo poseer una cara como la mía?

—¡Lo noté en seguida! —me contestó sonriendo detrás del pañuelo con el cual se sonaba la nariz—. Sin embargo, tengo que preguntarlo de todas maneras. ¡Como Vuestra Excelencia sabe hay tantos bobos en estos días que pretenden ser alguien! Por favor, tome asiento en el primer coche, en el Imperial ¡Vamos a empezar nuestra marcha triunfal en demanda de Hollywood!

Me incliné hasta el suelo y luego pisé el magnífico vehículo seguido de otras celebridades, nacionales e internacionales; la banda rompió a tocar la marcha de la Aída, y el convoy al compás de la música se puso en movimiento. Corriendo y oscilando pasamos la prosaica calle que lleva el nombre de Sunset Boulevard para entrar más decorosamente en el aristocrático Hollywood Boulevard donde la escena de pronto cambió: palacios, edificios, árboles, estaciones de servicios, faroles de alumbrado, todo, en fin, estaba adornado con festones multicolores, con banderas estrelladas, y, a través de la avenida, largas franjas nos brindaban la bienvenida con caracteres sesquipedales. Una de ellas decía: "En la ciudad más famosa del mundo, los hombres más famosos son sus ciudadanos". En las veredas los viandantes nos miraban con admiración de colegas. Muchos se destocaban, otros saludaban agitando sus pañuelos que usan llevar pegado a un palito como una banderilla. Me sentía tan conmovido que me pellizcaba para asegurarme si, en realidad, era yo un gran hombre. ¡Por supuesto que lo era! A mi rededor algunos de los compañeros en celebridad estaban sobrecogidos de emoción: unos lloraban a carcajadas, otros reían con lágrimas, y Mr. Greatgoldman no se cansaba con distribuir pañuelos a su derecha e izquierda.

Para evitar la aglomeración de los fanáticos admiradores, el convoy aceleró la marcha y, como por milagro, también la otra marcha, la de los trombones, aceleró con un crescendo rossiniano, ¡pero fué inútil y si no nos paraban a tiempo, el convoy habría continuado su curso hasta la China!

I I

Cuando un gran hombre llega a un hotel de Hollywood, el personal conducido con paso marcial por su director, se dispone en filas de tres a la entrada. Un pito se oye, todos se inclinan y usted puede medir la importancia de su persona y de su cartera de la sonrisa que el pelotón le dirige. Un batallón de reporteros y de fotógrafos le espera, después en el vestíbulo. Los últimos le toman las fotografías desde todos los ángulos inimaginables y, aunque le saquen el retrato por detrás, siguen exigiendo que usted sonría. *Keep Smiling!* También le aconsejan que lea el diario de coronilla así, en la foto, los títulos aparecen derechos: innovación genial que todos los hombres célebres saben hacer con impecable dignidad.

En seguida se cae en manos de los periodistas. La entrevista comienza en el ascensor y termina en la sala de baño. Lo arrinconan, lo miden y le piden los más insignificantes detalles de su preciosa persona no sin ahondar en su vida íntima, e insisten, por ejemplo, en conocer la marca de whisky que usted prefiere; su opinión sobre las joyas de la reina Isabel; las veces que ha contraído matrimonio; si es hijo legítimo y cuántas veces ha estado preso. Y usted si quiere saber la edad que tiene, lo que come, a qué hora se acuesta e, incluso, cómo es su gracia, puede aprenderlo leyendo el diario al otro día.

Cuando su biografía aparece en el periódico junto con el retrato, usted está listo para la posteridad. Entonces, el timbre del teléfono de su pieza suena, insistente, día y noche. Los estudios le llaman para saber, todo al mismo tiempo, si quiere trabajar en el cine, si tiene alguna trascendental idea, y cuántos *best-sellers* escribió. Investigan sus habilidades personales como, por ejemplo, si puede caminar sin mover los pies; o dibujar montado en una mula; o si sabe distinguir todos los olores que registra el diccionario. Si contesta afirmativamente, le ruegan hasta el cansancio que acepte el papel principal en la próxima película sensacional con un suel-

do de 3,000 dólares a la semana, si se mantiene en la negativa le doblan el sueldo, prometiéndole el primer Oscar que pasa por la calle.

Después de los cineastas toca el turno a los *radiomen*. Las preguntas que le hacen sobrepasan la discreción. Primero, quieren conocer el volumen de su voz y le obligan a gritar mientras le palpan el diafragma; segundo, quieren saber en cuantos idiomas sabe traducir *¡puchacai!*; al fin le preguntan si puede imitar un palomo enamorado, o pronunciar un discurso electoral sin emplear la palabra "democracia", o si es capaz de reproducir cualquier ruido, decoroso o indecoroso, con la boca o la nariz.

I I I

Tan luego llegué al hotel me vi obligado a recibir todos estos ilustres inquisidores. Al final de una entrevista uno de los periodistas me espetó:

—Bueno, nos sentimos muy honrados con su presencia entre nosotros. ¿Pero, en qué campo es usted famoso?

—¡No me lo pregunte, por favor! —le repliqué en tono furtivo, pues no había aún pensado en qué clase de genio podía catalogarme—. ¡No puedo decírselo por ahora! ¡Realmente, no puedo!

—Pero es usted una celebridad, ¿no es cierto?

—¡Oh! Más que una celebridad —le dije—, soy un genio. Ya me lo decía mi mamá cuando era muy niño.

—¡Bueno! —insistió con poca educación—. Entonces si es un genio ¿en qué campo es usted famoso?

—¡Caramba, si se lo digo no es más un secreto! ¿No comprende que estoy aquí en incógnito?

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó guiñando el ojo como si supiera más que yo—. Ya sé. Algún relato de alto espionaje o... un invento sensacional o... un descubrimiento atómico... ¿Eh?

—¡Puede ser! —le murmuré muy modestamente—. ¡Usted es un gran adivino!...

—¿La bomba de cobalto, a lo mejor?

—¡Bah! —le contesté—. Si no fuera que esto sólo...

Al día siguiente, mi retrato rodeado de un relato a cuatro columnas embellecía la primera página de todos los diarios californianos. Y conocí, por vez primera, la gloria y el éxtasis de ser un gran hombre. ¿Pueden ustedes imaginarse de ser realmente un gran hombre? Me acordé de Einstein: ¡pobre hombrecito de Princeton!

I V

Hollywood es, como se sabe, una *menagerie* mundial de campeones de la especie humana; y puesto que, como dice su nombre, era antes un bosque de acebo y el acebo emite una gran cantidad de oxígeno, así el cerebro de sus ciudadanos se oxigena en tal forma que el talento se vuelve la más barata de la mercadería. En efecto, todos los hombres y todas las cosas son, aquí, los mejores del mundo. Hombres, mujeres y niños son famosos. No se hacen famosos. Lo son porque sí y así permanecen toda su vida. Lo curioso es que exteriorizan sus genios en un dinamismo físico y todos tienen la tendencia a imitarse simulando un papel ajeno, creando así un teatro de celuloide que es siempre cómico también si llama las lágrimas. Virtualmente, Hollywood es un descomunal estudio en el que las calles son el escenario y los transeúntes los actores.

En Zelandia y en Patagonia, en Bengodi y en Shangrilá, hay también hombres listos que se cansan de vivir entre vulgares bobos. Y ocurre que un día reciben una carta de invitación como la mía y desaparecen. ¿Dónde encontrarlos? En Hollywood, por supuesto. Aquí, por si usted no lo sabe, hasta las piedras —y las del teatro chino de Grauman pueden decírselo—, hasta las piedras son famosas.

Los cerebrigudos —así se llaman los ciudadanos de Hollywood— están divididos en cuatro grandes clases de acuerdo con sus jerarquías. En primer lugar, en la sección masculina, se exhiben los *Genios universales*; luego, los *mundiales*; después, las *Celebridades*; y, en fin, los *Inmortales* en el peldaño más bajo de la escalera de los

Grandes. En el sexo opuesto, en la galaxia paradisiaca de las Divas, hay las *Estrellas de primera magnitud*; las *Estrellitas del Amor*; y más bajo las *Lunas Llenas* y las *Meteoritas*. Todos estos supremos seres contribuyen, a su manera, al adelanto de la civilización. Todos y todas son premios Nobel en sus especialidades. Hasta los basureros y los barrenderos tienen la codiciada distinción. No se encuentran en Hollywood filósofos ni tampoco plebeyos. Si llega uno de éstos, el alcalde, sin demora, le compra un pasaje y lo devuelve, en tranvía, a Los Angeles.

De todo esto resulta que la población no es más que una casta de supersónicas personalidades: hay perros que son *leading-man*; gorilas que se enamoran de las actrices; actores que comen pollos de cartón; damas que se vuelven adúlteras con sus propios maridos; hombres que viven como hermanos con provocantes mujeres en las más aisladas de las islas hawaianas; actores que en un cuarto de hora hacen la jira del mundo quedando siempre en el mismo lugar; y, en fin, cómicos que hacen llorar y trágicos que hacen reír... Además de los actores, hay productores, porteros y bailarines, también sirenas, astrólogos, aventureros, papagayos, espías internacionales, truhanes, cogoteros, músicos, profetas y pordioseros millonarios. Tan importantes son y tan voluminosos, que uno se maravilla cómo puedan caber todos en una superficie tan pequeña.

Desde afuera, uno se imagina que deben ser seres sobrehumanos hechos en forma diferente por una naturaleza más inteligente, teniendo, por ejemplo, la cabeza en la parte posterior y viceversa. ¡Pues, no, señor! Son físicamente como usted y como yo. Tienen pies y orejas tan largas como las de usted y el pecho vellosos más que el mío. Caminan erectos y se sientan en las almohadillas del asiento como usted y yo. La diferencia consiste en sus posturas cargadas con electricidad y en sus charlas inimitables, cargadas con palabras tan raras y fuleras, pero que se vuelven, en sus bocas, llenas de significado y delicadas de sonidos.

V

Aquí he hallado costumbres matrimoniales ultramodernas. Cualquiera se casa con cualquiera, es decir, un hombre con una mujer o una mujer con un hombre, pero nunca aquí sino en otra ciudad y en sentido compensatorio y complementario. Así una mujer gorda se une a un hombre flaco; un caballero alto con una dama pequeñita; un enfermo con su enfermera; una cantante con un sordomudo; una condesa con su chofer. En esta forma, si una mujer tiene más de un marido no se le reconoce que uno y los otros puede prestárselos a las amigas sin que el mundo copuchee. Lo curioso es que la mujer puede divorciarse también de uno que no es su marido puesto que en Hollywood es sólo el bello sexo que tiene este derecho, mientras el hombre, en lo que se refiere al amor no vale, según la ley, un comino. Cuando descubrí esto levanté mi protesta, entonces se me dijo que la democracia es de género femenino y que el matrimonio no es válido entre los límites de la ciudad donde hay más maridos que esposas, pero menos hombres que mujeres.

En Hollywood hay parejas, pero muy pocas familias, pues tener hijos se considera una desgracia; y, en verdad, los más pobres, preocupados, irritables, nerviosos, son precisamente los padres de familia. Quedarse señorita con un pelotón de esposos es el ideal de las estrellas. Así hay damas que coleccionan maridos en la misma forma en que Rockefeller colecciona dólares. Me presentaron a una hermosa dama que ya se había casado con doce caballeros y no se atrevía a superar el número por miedo al trece. Supe después que había saltado la infausta cifra y seguía adelante con el catorce, quince, y así acumulando.

V I

Realmente es muy interesante detenerse en una esquina del Boulevard Hollywood y observar el vaivén de esta gloriosa multi-

tud. De repente ve usted aparecer un gran cigarro, al remolque del cual camina un elegante caballero, en mangas de camisa, con pomposa dignidad y consciente de su inmortalidad; o una mujer, pintada como el arco iris, monumental delante y por detrás, que le mira a usted de soslayo para notar si aprecia su oscilante equipaje mientras con un pulverizador, oculto en la cartera, concentra sobre usted su *sex-appeal* perfumado.

Caminando por las veredas o manejando el coche a lo largo de las avenidas, cada cual se mira y se admira. Se detienen a cada esquina, se inclinan, se saludan, se sonríen, se abrazan y se besan. ¡Cómo no, sí se besan! ¿Quién no recuerda la indignación de las estrellas cuando la municipalidad limitó a cinco minutos la duración del ósculo público entre hombres y mujeres?

A veces, en la vereda, se forman grupos porque todos los que se encuentran quieren intercambiar autógrafos utilizando para ello la espalda del vecino. Es costumbre, en la mañana, llenarse los bolsillos con sus propias fotografías y, en la tarde, regresar a sus casas felices y satisfechos con los bolsillos llenos de retratos autografiados.

En Hollywood todos se conocen y saben al dedillo la vida y milagros de cada cual, sobre todo los amoríos y los escándalos. Más desvergonzado es uno y más glamoroso resulta. La reputación aumenta con el atrevimiento y la excentricidad. El copucheo ha sido elevado a gran arte. No hay día que no estalle un colosal escándalo. Casi todos los periodistas se especializan en eso, así que cada diario está lleno de picantes historietas y de fotografías comprometedoras. Porque hay fotógrafos por doquier: escondidos tras las puertas, colgados de los postes, encaramados en los árboles, sobresaliendo de los techos, listos para sorprender a estrellas y meteoritas en las poses más embarazosas.

El exceso de cortesía y de reverencia entre esos grandes hombres obliga que cuando un cerebrigado entra en un teatro o club nocturno, todos se ponen de pie y palmotean. Es algo conmovedor ver a una celebridad mundial tropezar en la alfombra y caerse na-

riz abajo, mientras que, conmovido, busca de contestar al público. Ocurre también que cuando uno se levanta para regresar a su casa, la muchedumbre del teatro o del club lo sigue y lo aplaude en el camino tanto que, llegado, está obligado a presentarse a la ventana para agradecer la deferencia. A veces sucede que, mientras arenga y gesticula, pierde el equilibrio y se precipita cabeza abajo. Los hoteles y las residencias tienen ahora las ventanas más altas reforzadas con barrotes de hierro para impedir las caídas, medida de prudencia impuesta por los innumerables accidentes ocurridos el año pasado. Naturalmente, en estos casos, los difuntos de gran renombre, son objetos de fastuosas honras fúnebres a expensas de la municipalidad.

Frecuentemente sucede que, mientras uno pasa por la vereda, una ventana se abra de par en par y aparezca alguien gritando grandes elogios al que más abajo pasea, el cual, a su vez, devuelve los halagos en tono mayor en tal modo que toda una muchedumbre se forma, y los saludos y los aplausos se intercambian frenéticamente. El tumulto llega al punto que nadie entiende nada y, entonces, silbando, llegan los polizontes que, para restablecer el orden, detienen a los más exaltados y los invitan a la cárcel donde hay siempre listo un Martini con pan y mantequilla.

Una semejante manifestación me tomó de sorpresa. Fuí aclamado al cruzar Vine Street y, deseando agradecer a mis simpatizantes, me puse a silbar quitándome repetidamente el sombrero. Puesto que la muchedumbre aumentaba me puse de pie sobre un coche estrechándome ambas manos al estilo de los boxeadores y, por fin, para apaciguar el entusiasmo, desparramé mis besos con la mano izquierda. ¡Ni por suerte! Mis besos sólo sirvieron como provocación... Por último, cuando trataron de llevarme en hombros, pude zafarme de mis admiradores y refugiarme en una peluquería. Uno de los salones de ésta estaba en el piso superior para uso exclusivo de los genios más elevados. Así que, el peluquero, ignorando mi situación, me preguntó:

—¿Dónde lo afeitó? ¿Arriba o abajo?

V I I

En este paraíso del celuloide, todo el mundo, además de ser cerebrigudo, es también rico, próspero y feliz. En los estudios, particularmente, se respira una atmósfera de grandeza. También una persona ordinaria acaba por creerse un personaje de renombre. Su importancia crece si le miran y se hincha paulatinamente cuando le dirigen la palabra. Conversando con las estrellas uno se da cuenta de su complejo de inferioridad. En efecto, no comprende nada de lo que dicen. Ninguno de nosotros puede llegar a la profundidad de sus pensamientos. Un *no* rotundo en la boca de una estrellita se vuelve un espirálico *sí*, si se lo arroja con los labios protuberantes.

Al visitar los estudios no debe sorprenderse usted al ver astros y estrellas cuyas hazañas están muy por delante de nuestros tiempos. Conocí a un inmortal que había escrito 34 volúmenes sobre el olor del aliento humano; otro que estaba acabando una tragedia en que mueren todos los personajes en forma que el consueta tiene que salir y decir al público que por favor, se vaya; un tercero que estudió durante diez años cálculo integral y, luego, inventó el fósforo que puede encenderse por ambos extremos; un genio que descubrió las píldoras poliglotas, es decir, que tragando veinte de ellas uno puede hablar en el idioma que indica la tapa de la cajita; un músico eminente que puede tocar la Cuarta Sinfonía de Beethoven con sólo un tambor; un sabio hindú que desayunó durante 81 día viviendo, sin comer, en una casilla de correo; una estrella que gana 7,000 dólares a la semana y cuya habilidad es levantar la pierna izquierda mientras sus graciosos labios vocalizan “¡Aaah! ¡Oooh! ¡Uuuh!”, la cual perdió un contrato por 10,000 dólares porque no pudo levantar ambas piernas a la vez. Hay un astrólogo tan patético que arranca lágrimas de la primera actriz y bofetadas de su marido; una *primadonna* que sabe leer y escribir y cuando canta escupe tan lejos que el director de orquesta está obligado a armarse de una cantimplora. Pero, ¿para qué seguir? El nombre de tierra

brindado a nuestro planeta parece tan inapropiado aquí que el alcalde ha pedido a los astrónomos de Monte Palomar que rebauticen el mundo con el nombre de Ballywood.

Naturalmente los estudios ofrecieron, en mi honor, recepciones especiales: los del cine una *soirée-danzant*; los del radio un *pic-nic* en el desierto de Mojave; los de la televisión una medalla dorada cortada de una latita de sardinas; el Círculo de los Inmortales un concierto de solas ocarinas; el *One-Ton-Women's Club* un baile que tuve que inaugurar con la señora presidenta. Sin embargo, la dama era tan corpulenta que para tomarla por el talle tuve que pedir la cooperación de tres amigos, y los cinco, en ronda, llenamos todos el salón.

A la *soirée* no faltó ninguna estrella. Como célibe, candidato al matrimonio, todas me cortejaron y con tal atrevimiento que se me ruborizaron hasta las piernas. Entré en el inmenso parco al compás de la música de Laurel y Hardy. Entonces me dí cuenta que todos los que entraban debían pagar un peaje de 10 centavos y supe, con mi gran agrado, que la colecta debía servir a pagar la cuenta de mi hotel, pues ese malvado de hotelero me llamaba Mr. Pennyless! ¡Miserable! Y se olvidaba que con mi sola presencia honraba su extravagante establecimiento.

La atracción principal de esa noche fué una piscina llena de burbujas de jabón en la que nadie nadaba. Servía sólo para un desfile de belleza. Las campeonas eran sencillamente sensacionales, pues los trajes de baño no eran auténticos sino pintados tan bien sobre la piel que parecían verdaderos. ¿Inmorales? No tiene uno tampoco el tiempo de pensarlo porque una banda de seda atravesaba el pecho de las *beauties* y decía con caracteres de oro: *Hony soit qui mal y pense!*

Mr. Paramount discutía con un grupo de otros productores sobre un nuevo sistema que debería revolucionar la industria cinematográfica. Las cintas, de ahora en adelante, tienen que proyectarse en el techo de la sala y el sonido oírse debajo del asiento. Su realización es sólo posible si en lugar de sillas se ponen divanes. En es-

ta forma, además, de la mayor comodidad, nadie se entera de lo que pasa a la pareja vecina.

—¿Por qué razón —pregunté a Mr. Weengold, inmortal entre los genios universales—, ¿por qué razón mientras sus escritores son tan inteligentes las cintas son tan tontas?

—¡Porque el público las quiere así! —me contestó sorprendido de mi candor—. Es más fácil escribir un buen sujeto cinematográfico que uno tonto. Los malos escritores, a nuestro juicio, escriben sólo buenos cuentos y el público termina por cansarse y abandonar los teatros. Por eso nos vemos obligados a contratar a los buenos escritores, y aquí hay los mejores del mundo, para que puedan proporcionarnos esas cintas tontas tan apreciadas en todas partes.

—¡Ahora caigo! —concluí aliviado—. ¡Esta es la verdadera razón por la cual siempre he recibido de vuelta los guiones que le he enviado!

Hollywood, octubre.